



Como preludio de bella sinfonía, se abre la celebración eucarística de este domingo séptimo del tiempo ordinario con una súplica envuelta en una gran confianza, tal como se recoge en la antífona de entrada: “Señor, yo confío en tu misericordia...”.

Es la mejor actitud que podemos tener -y avivar como si fuese un fuego mortecino- cuando nos presentamos ante el Señor para celebrar los misterios de la fe.

Martín Buber, pensador judío del pasado siglo, escribía: “*La Gloria de Dios, (Shekinah/שכינָה) no aletea sobre la tristeza, sino sobre el gozo de la plegaria*”.

El gozo de la plegaria

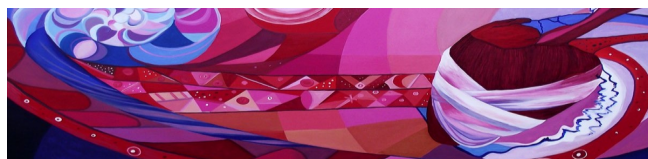
La oración colecta de este domingo, obra seguramente del Papa Gelasio, nos mueve a pedir cumplir “*de palabra y de obra lo que a ti te complace*”.

¿Y qué es lo que a Dios le complace? La respuesta es fácil: que seamos generosos de corazón. Las lecturas del día de hoy, tanto la primera como el evangelio, no pueden ser más elocuentes. Sólo un corazón grande y bien alimentado de recuerdos, de ahí la necesidad de meditar las realidades espirituales como se recoge en la mencionada oración colecta, es capaz de poner en práctica lo que nos solicita el Señor en esta jornada en la que nos reunimos para celebrar “*el memorial del Señor resucitado*” (cf Pf.X); porque no es fácil amar a nuestros enemigos, orar

por los que nos injurian, perdonar con la misma generosidad con que lo hizo David, tal como se relata en la lectura primera: preciosa enseñanza que se nos brinda, para que la misericordia y la gratitud, envuelvan nuestras relaciones cotidianas.

Para que el acto de perdonar sea sincero y profundo -no fingido, ni tampoco superficial o pasajero- se necesita un corazón grande.

Un corazón grande



Pero ¿cómo agrandar el corazón? Sabemos que la inteligencia crece mediante el conocimiento, y la voluntad se robustece por medio de la repetición de actos buenos y libres. El corazón se ensancha cuando ama, pero ¿en qué consiste exactamente? Podemos decir que amar es, principalmente, recordar -palabra que viene del bajo latín “*recordare*”, y que se compone del prefijo **re** (de nuevo) y del término **cordare** formado sobre el nombre **cor**, **cordis** (corazón)- y que significa “*traer de nuevo al corazón*”. ¿Qué se ha de traer, siempre en novedad, al corazón? Nicolas Cabasilas, en su “*Vida de Cristo*”, nos dice: “**pensando y meditando continuamente en la vida de Cristo, les inspira sentimientos de moderación y les mueve a compasión de la fragilidad de la que son conscientes; les hace además delicados, justos, humanos y modestos, instrumentos de paz y de concordia**”. Y San Ignacio de Antioquía escribe: “*tened unos para con otros un corazón grande... como lo tiene Dios para con vosotros*”.

“Nutre tu corazón con misericordia, tu mente

con sabiduría y tu persona con principios”. Es el camino, ciertamente hermoso y luminoso, que abre para nosotros Mazouz Hacène. Médico argelino que nació en 1967. Es lo que han hecho los santos. Es la pedagogía de la **lectio divina** que lleva abandonarse en la palabra revelada, y que transforma al oyente en un ser bueno y bello ante Dios, ante sí mismo y en comunión con los demás.

El primer paso que tenemos que dar en el camino cristiano consiste en subrayar la dignidad. Fue lo que aconteció con David en relación con Saúl. Ejerció la misericordia con él porque era el Ungido de Yahvé.

Para los Padres de la Iglesia la **búsqueda de la felicidad representa la razón misma de la moralidad cristiana**. ¿Por qué seguir a Cristo, si no para aprender de él ser felices? “**Nadie es sabio a menos que sea feliz**”, escribe Agustín. La honestidad cristiana basada en lo que el Señor nos dice en el evangelio en este domingo: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*”, es toda una pedagogía de la dicha.

La primera obligación que tenemos es la búsqueda de lo que nos hace felices. “*¿Qué debo hacer, pregunta el joven rico, para para tener la vida eterna como herencia?*” (Mc 10:17. Y Jesús dice: “*perdonad, y seréis perdonados*”.

Hemos de hacer nuestra, rumiándola en nuestro interior, lo que se pide en la oración para después de la comunión, en la celebración eucarística del día de hoy: “**que procuremos siempre aquello que nos asegura la vida verdadera**”.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 102, 1-2. 3-4. 8 y 10. 12-13

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.
Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura.
El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.
Como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos;
como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen.

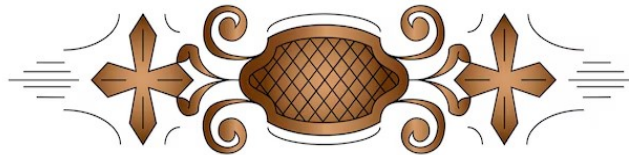
La oración es un ejercicio de fe. Es nuestro compromiso de entrar en su voluntad de Padre. Confiamos en él, en su promesa de bien y, por eso, presentándole nuestros esfuerzos y preocupaciones, le decimos “Hágase tu voluntad”.

Sabemos que somos hijos amados, que somos escuchados, que estamos en Su mente. Es esto lo que celebra el salmo 102. Es muy valorado en el judaísmo, tanto, que lo utilizan para la fiesta del Kipur, la solemnidad de la Expiación: día de ayuno, arrepentimiento y adoración.

El tema fundamental del salmo es la bendición. Bendecir significa reconocer a Dios como fuente de vida, de alegría, de salvación, de perdón...del bienestar que puede acompañar la vida del hombre.

El salmo comienza con una auto invitación: “Bendice al Señor, alma mía” y así concluye también. La forma concreta de bendecir al Señor es recordar, no olvidar, contar lo que Dios ha hecho por nosotros.

Cuidado con el olvido



Este es uno de los mandamientos fundamentales de la experiencia de Israel. **No olvides** (Dt 9, 7); **cuidado con el olvido** (Dt 6,12). Significa: recuerda lo que has conocido, vivido y escríbelo, imprímelo y grábalo en tu interior.

¿Cuáles son estas bendiciones que el Señor ha dado, y que el salmo nos invita a recordar?: Su misericordia. Dios misericordioso no es el que dice: haz lo que quieras, me da lo mismo, yo soy bueno y todo lo perdono. Lo que el Altísimo desea es que seamos bellos, buenos. Y para ello perdona en el sentido que cura, llena los vacíos, completa lo que falta, sana a los enfermos, endereza lo torcido. **Perdonar significa transformar**. Es la obra que Jesús realizó a lo largo de su vida mortal y, particularmente, en la cruz. Lo que impulsa a Dios a obrar así, es la conciencia de la pobreza humana. Porque conoce al ser humano en sus pliegues más íntimos, considera toda su fugacidad (Gén 2, 4b25). Ante tanta generosidad solo cabe decir: “Bendice alma mía al Señor”.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO VII “PER ANNUM” “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón

I Sam 26, 2. 7-9. 12-13. 22-23

Saúl emprendió la bajada al desierto de Zif, para buscar a David allí.

David y Abisay llegaron de noche junto a la tropa. Saúl dormía, acostado en el cercado, con la lanza hincada en tierra a la cabecera. Abisay dijo a David: «Dios pone hoy al enemigo en tu mano. Déjame que lo clave de un golpe con la lanza en la tierra. No tendré que repetir». David respondió: «No acabes con él, pues ¿quién ha extendido su mano contra el ungido del Señor y ha quedado impune?»



Lucas 6, 27-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: **Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.**

Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebozante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».